

La literatura en el umbral de lo existencial

Félix Rebollo Sánchez

La pregunta ¿por qué la literatura?; tiene, hoy, más vigencia porque es la muestra más viva que tenemos los seres humanos. Los conocimientos y vivencias de todo tipo lo hallamos en los libros que nos relacionan con las experiencias ajenas y nuevas. Es un enriquecimiento. Así lo ha entendido la novelista Almudena Grandes al escribir que “La literatura no es más que emoción, vida de más para quienes ya están vivos, risas para los que ríen, lágrimas para los que son capaces de llorar, memoria que llama a los recuerdos de la gente, pasión que despierta pasiones y, por supuesto, diversión, entretenimiento, tensión y dolor, días de nuestra existencia, de la existencia del mundo”. Hace unos días, la novelista marroquí Leila Slimari nos recordaba en *El País semanal* con esa fuerza tan propia de una mujer que siente la realidad: “la literatura es más necesaria que nunca en un mundo que quiere transformarlo todo en una superficie lisa”.

Uno de los textos más citados por la crítica literaria en el siglo XX fue la pregunta que se hizo Jean Paul Sartre en el año 1947 en la que se recogen dos partes: ¿“Por qué escribir?”; “¿qué es escribir?”. Sin duda, Sartre explicitaba su concepto de literatura comprometida, que tanto influiría en los escritores de los años cincuenta y sesenta. En España, concretamente, no sólo se pondría como paradigma en las novelas más significativas de los autores del “realismo social”, sino en los primeros balbuceos de casi todos los escritores de lo que se ha denominado como Generación de los cincuenta. Las ideas de Jean Paul Sartre contra la literatura burguesa se convirtió en el maná de los escritores de una Europa que tenían presente los males de la guerra y, más terrible, el holocausto.

El escritor Juan Goytisolo en esa defensa que hace de los que no tienen voz, no sólo en el campo de la crítica y de la literatura, sino también de las diversas minorías de la sociedad, ha defendido la literatura como lo más cercano al ser humano: “Tal es la esencia de la literatura y el núcleo de su ejemplaridad; expresión del ser humano no amputado ni reducido a uno de sus múltiples componentes. Palabra liberada merced a la cual puede escapar a la cosificación, a la decretada condición de cliente de la llamada Tienda Global...”.

Desde otra atalaya, el escritor y periodista Manuel Vicent insiste en el aspecto mercantil que tiene hoy la literatura; “los libros se exhiben ahora con la carátula y no con el lomo..., y la fugacidad de las obras, que aparecen y desaparecen en cuestión de pocas semanas, conduce a un darwinismo que entraña una gran frivolidad”. A pesar de todo, todavía, los libros buenos triunfan con el de “boca en boca”; son los que llamamos literarios.

Vargas Llosa ha reivindicado la literatura como motor de la libertad y la crítica. Es purificadora en todos los ámbitos de la vida y además ayuda a hablar mejor, a expresar los sueños, la cultura en la que nos reconocemos. Susan Sontag, con motivo del Premio de la Paz de los Editores y Libreros Alemanes, nos daba una definición de la literatura, “como la historia de la respuesta humana a lo que está vivo (...). Y, sobre todo, en un época en que los valores de la lectura y la introspección se cuestionan con tenacidad, la literatura es libertad.”.

La literatura es algo inherente a la persona; es como el agua y el pan. Su utilidad no necesita demostración. En opinión de Luis García Montero “nada hay más útil que la literatura, porque ella nos enseña a interpretar la ideología y nos convierte en seres libres al demostrarnos que todo puede ser creado y destruido, que las palabras se ponen unas detrás de otras como los días de un calendario, que vivimos, en fin, en un simulacro decisivo, en una realidad edificada, como los humildes poemas o los grandes relatos, y que podemos transformarla a nuestro gusto, abriendo o cerrando una página, escogiendo el final que más nos convenga, sin humillarnos a verdades aceptadas con anterioridad”.

En mis clases siempre insistí en la obra literaria como foco irradiador de todo, y hago mío lo que ya escribió Pedro Salinas acerca de “leedores” y “lectores” en su *Defensa de la lectura*. Los “lectores” están llamados a interpretar la obra literaria, a que la imaginación descubra nuevos vericuetos en que depositar el ansia del saber. Por desgracia en los planes de estudio siempre hemos ido a remolque en lo concerniente a la literatura. La literatura es algo

vital, como el aire que respiramos; en palabras de Antonio Muñoz Molina “la literatura nos enseña a mirar dentro de nosotros y mucho más lejos del alcance de nuestra mirada”. Hay que desterrar de una vez-y en parte tenemos la culpa los docentes-, la idea de concebir la literatura como un catálogo abrumador de fechas y nombres; esta sería una forma perniciosa de entender la literatura. La literatura hay que hallarla en ese soliloquio para después ventearla a los demás; donde está y donde importa la literatura- escribe Muñoz Molina- “es en esa habitación cerrada donde un hombre escribe a solas a altas horas de la noche, en el dormitorio de un niño que se desvela leyendo a Emilio Salgari, en el aula de un Instituto donde un profesor sin más ayuda que su entusiasmo y su coraje le transmite a uno solo de sus alumnos el amor por los libros”.

En la actualidad, somos muchos los profesores los que encontramos en el comentario de texto los cimientos de una gratificante educación lingüística y literaria. Incluso, en el mercado editorial, hallamos diversos manuales que recogen las distintas vertientes del comentario de texto. Sólo nos resta a enseñantes y alumnos /as reflexionar y trabajar en él. En definitiva, ser lectores, que no es poco. Huelga cualquier comentario sobre los que todavía se resisten a considerar el hecho literario como fundamental. La finalidad no puede contemplarse a corto plazo, salvo el placer del lector ante lo bello; pero la dinamicidad de la literatura en el mundo actual cobra un singular interés. No puede ser de otro modo ya que en ella se encuentran los parámetros por los que nos desenvolvemos en la vida. Sin esa literariedad nos faltaría la savia de nuestro conocimiento existencial. En palabras de J. P. Sartre, “si cada frase escrita no halla resonancias en todos los niveles del hombre y de la sociedad, no significa nada”. La utilidad o no de ésta no tiene consideración como tal; ¿cómo vamos a pensar sobre algo que es inherente al ser humano? ¿Cabe más norte que prever lo que acontecerá, como consecuencia de la comprensión del presente?

Tampoco indagemos por su definición, y adentrémonos en un campo vital en la formación de las personas, porque como nos apostilla Juan Luis Alborg en su libro *Sobre la crítica y críticos*, “si se llegara a saber un día en qué consiste, si se lograra su científica definición, si los problemas que se discuten dejaran de ser problemas, opiniones, puntos de vista, pareceres, para convertirse en certezas, la literatura - como el arte, como todas las cosas que no son ciencia de verdad- perecerá sin remedio”.

La misión del profesor de Literatura española no reside en explicar historia, ni en convertir sus clases en un elegante sucedáneo de cultura general. Pero tampoco puede convertirse en un mero análisis técnico del texto, sino que, por el contrario, se debe llegar a la estructura profunda, a la realidad social, a la significación nítida de lo que el autor quiso comunicarnos. El mero análisis formal nos conduciría a la inanición literaria. Y como eje dinamizador el lenguaje; en palabras de Octavio Paz: “la realidad básica y determinante de una literatura es la lengua. Es una realidad irreductible a otras realidades y conceptos, sean estos históricos, étnicos, políticos o religiosos”.

La dicotomía lengua-literatura se complementan y dan como resultante una mayor amplitud de conceptos de la obra literaria; esta es una prodigiosa forma de comunicación creada para la cultura. Además, todo texto literario nace de la capacidad que tenga el escritor para la utilización del código lingüístico; el artífice de la simbiosis literatura-lengua debe tener sumo cuidado con las expresiones porque éstas quedarán, con el paso del tiempo, impresas; de ahí que la literatura conserve usos que el habla había olvidado por completo. No pueden concebirse los textos literarios como meros reductos del pasado y crear un vacío que nos inunde. Nuestra meta, necesariamente, tiene que ir a la reconquista del lenguaje; tiene que unir, ensamblar para poder identificarnos. Se puede, en fin, plantear con rigor ese código de señales que nos eleve al pensamiento, para otear las perspectivas de posibles análisis.

No nos queda otra opción a los profesores / as de literatura que meditar sobre la fórmula que deberíamos adoptar en una sociedad consumista y compleja. Pero siempre partiendo de la premisa fundamental: el comentario de la obra literaria, del texto literario. La objeción, la crítica, el contraste de pareceres entre el autor y los lectores debe prevalecer, aunque sólo sea como algo lúdico. El hábito de este ejercicio, naturalmente, nos tiene que conducir a la disensión y a la comprensión. Sería presuntuoso que el profesor impartiera sus conocimientos y los educandos copiaran en clase para después memorizar; el fracaso sería abismal.

Todo nos tiene que llevar a una posición activa y creadora que es, en realidad, lo que se pretende. El lenguaje literario se ensancha, enriquece la forma de comunicarnos, y el efecto de crear y de fijar las palabras constituyen hechos significativos dentro de la literatura, y esta, a su vez, como nos recuerda Rafael Lapesa requiere una serie de modalidades que se cifrarían en “claridad, propiedad, rigor, expresivo, decoro, corrección, armonía, abundancia y pureza”. Pero en la práctica, aunque se consideran fundamentales, son cotas difíciles de alcanzar, y nadie está exento de caer en lo contrario. Sin embargo, el dominio del lenguaje debe ser nuestra máxima si queremos llegar a construir pensamientos que sensibilicen al posible lector; de lo contrario, daremos razón a lo agoreros que anuncian el final de la era Gutenberg, y el comienzo -según José Miguel Ibáñez- de la audiovisual, sensorial, irreflexiva: imágenes, sólo imágenes; no aquellas venerables imágenes creadoras del arte y la poesía, sino estas otras, instantáneas, convencionales, planas de los actuales medios de comunicación”.

La lectura se convierte en placer cuando entra en juego nuestra capacidad de creación, es cuando la obra literaria construye un mundo real o imaginario que se desarrolla, en un momento dado, en la mente del lector, y este la proyecta. En este proceso de lectura, el receptor de la obra tiene que elegir entre las virtualidades que se le ofrecen, hasta tal punto de que cada lectura es, por lo general, una actualización individual del texto, cada lectura es un acto de selección. La interpretación, por tanto, como premisa del análisis del texto, sin olvidar la crítica. Ambas, comprensión y valoración se aúnan en el comentario para llegar a la especificidad del texto analizado, en el que debemos buscar, a través de la forma, la acción significadora. Tal aserto nos introduce en los diagramas que el autor construye en el plano del contenido, y a estos sumemos los del lector, que no tienen por qué coincidir plenamente, sobre todo si escrutamos todas las posibles salidas de la interpretación textual, no sólo en los significados sino en las significaciones.

La definición del sentido de un texto es hallar el punto de convergencia entre la obra y la interpretación, a veces, hartamente difícil. Esta estética de la recepción nos llevaría quizá a la plena comprensión del texto literario; para esto se requiere no sólo conocimiento sino talento interpretativo. El lector se encuentra con el texto y puede fijarse en múltiples acepciones, según observe los diversos modelos de análisis de textos. Todo lo que hagamos en este sentido, debe partir del referente temático. De ahí la importancia que tiene la comprensión antes de ponernos a comentarlo desde el punto de vista que elijamos. No existe un método indefectible como axioma para cualquier texto, dependerá de cuál sea éste, y, también de los conocimientos y la aptitud del comentador. En suma, el texto literario como objeto de reflexión.